

DECÍAMOS AYER...

(SOBRE TEMA DE ELLA WHEELER. Á MI AMIGO C. M. S.)

Como Fray Luis tras de su largo encierro,
« Decíamos ayer... » también digamos.
¿Han pasado años? — En la cuenta hay yerro,
Ó nosotros con ellos no pasamos.

Donde ayer lo dejamos, dulce dueño,
Recomencemos. Recogiendo amantes
Los rotos hilos del antiguo sueño
Sigamos arrullándolo como antes.

Respetuosa apartemos la mirada
De tumbas que haya entre partida y vuelta;
Y si hubiere una lágrima ya helada
Ruede al calor del corazón disuelta.

Olvidemos la herrumbre que en el oro
De la rica ilusión depuso el llanto,
Y los hielos que pálido, inodoro
Dejaron el jardín que amamos tanto.

Olvidemos el hado que hizo injusto
De nuestros corazones su juguete,
Y regalemos la orfandad del gusto
Con el añejo néctar del banquete.

No es tarde, es tiempo. Olvida la ígnea huella
Que el arador pesar cruzó en mi frente.
Para mis ojos tú siempre eres bella;
Yo para ti soy llama siempre ardiente:

Llama que hoy mismo á mi pupila fría
Surge desde el recóndito santuario,
Pese á la nieve que en mi sien rocía
El invierno precoz del solitario.

Mírame en estos ojos que tu imagen
Extáticos copiaron tantas veces.
Allí estás tú, sin lágrimas que te ajen
Ni tiempo que interponga sus dobleces.

Búscame sólo allí, que yo entre tanto
En los tiernos abismos de tus ojos
Torno á encontrar mi disipado encanto,
La juventud que te ofrendé de hinojos.

¡ Mi juventud! espléndida al intenso
Reverberar de tu alma ingenua y pura,
Con brisas de verano por incienso
Y por palma de triunfo tu hermosura.

¡ Mi juventud! por título divino
Espigadora en todo lo creado;
Nauta en persecución del vellocino
De cuanto fuese de tu culto agrado.

Islas de luz del cielo, margaritas
De colgantes jardines y hondos mares,
Néctar de espirituales sibaritas,
Soplos de Dios á humanos luminaires:

Las miradas del sabio más profundas
Y del tal vez más sabio anacoreta;
Las perlas de arte, hijas de amor fecundas;
La suma voz de todo gran poeta :

Esas trombas de lírica armonía,
Infiernos de pasión divinizados,
En que nos arrebatan á porfía
Todos los embelesos conjurados :

Auras de aquella cima do confluyen
Hermosura y verdad, pareja santa,
Y las dos una misma constituyen
Y espíritu de Amor sus nupcias canta :

Buscar palabra al silencioso drama
De la contemplación, mística guerra
Entre Dios, Padre amante que reclama
Al eterno extranjero de la tierra,

Y esta Madre de muerte, inmensa y bella
Venus que al par nos nutre y nos devora,
Y presintiendo que escapamos de ella,
Con tanto hechizo nos abraza y llora :

Leer amor en tanta ruda espina
Que escarnece á la fe y angustia al bueno;
Mostrar flores del alba en la ruina
Luz en la oscuridad, oro en el cieno :

La flor de cuanto existe, oro celeste,
Único que halagando tu alma noble
Brindara, en vago esparcimiento agreste,
Á nuestro doble ser regalo doble :

Tal era mi tributo. Una confianza
Una sonrisa, una palabra tuya,
Retorno abrumador que en mi balanza
Dios, no un mortal, será quien retribuya.

Pero todo en redor, la limpia esfera,
El bosque, el viento, el pajarillo amable,
Semejaba, en tu obsequio, que quisiera
Pagar por mí la dádiva impagable.

Aun veo sobre el carbón de tus pupilas
El arbol fascinador de ocaso;
Veo la vacada, escucho las esquilas;
Va entrando en su redil paso entre paso.

Escucha, recelosa de la sombra,
La blanda codorniz que al nido llama,
Y al sentirnos parece que te nombra
Y que por verte se empinó en la rama.

Escúchate á ti misma entre el concento
De aquella fiesta universal de amores,
Cuando nos coronaba el firmamento
Ciñéndonos de púrpura y de flores.

Esas flores murieron. Pero ¿has muerto
Tú, fragancia inmortal del alma mía?
Años y años pasaron. Pero ¿es cierto
Ó es visión que existimos todavía?

Juntos aquí como esa tarde estamos,
Y el mismo cielo es ara suntüosa
De aquel amor que entonces nos juramos
Y hoy en los mismos dos arde y rebosa.

Ahí está el campo, el mirador collado,
El pasmoso horizonte, el sol propicio;
La cúpula y el templo no han variado:
Vuelva el glorificante sacrificio.

¿Y no ha herido tal vez tu fantasía
Que aquella tarde insólita, imponente
Fué sólo misteriosa profecía
De este misteriosísimo presente?

En aquel himno universal, un dejo
Percibí melancólico; y al fondo
De una lágrima tuya ví el bosquejo
Del duelo que hoy en lo pasado escondo.

Pasó... Pero esa tarde en su misterio
Citó para otra tarde nuestra vida,
Y hela aquí. El alma recobró su imperio
Del sol abrasador á la caída.

¡La tarde! la hora del perfecto aroma,
La hora de fe, de intimidad perfecta,
Cuando Dios sobre el sol que se desploma
El infinito incógnito proyecta.

Cuanto es ya el suelo en fuego y tintes falto,
Es de ardiente el espíritu y profundo;
Y abiertas las esclusas de lo alto
Flotamos como en brisas de otro mundo.

Ve cómo el blanco Véspero fulgura
Pasando intacto el arrebol sangriento.
Es la Amistad, la roca firme y pura
Que sirve á nuestro amor de hondo cimiento.

Nadie dejó de amar si amó de veras.
Cuando en árido tronco te encarnices
Con la segur, tal vez lo regeneras
Si son como las nuestras sus raíces.

Y antes te sonará más dulcemente,
Templada en el raudal de los gemidos,
La antigua voz que murmuraba ardiente
La música de mi alma en tus oídos.

¿Han pasado años?... Puede ser. ¿Quién halla
Que el Tiempo sólo arrumbe ó dañe ó borre?
¡Cuánta espina embotó! ¡Qué de iras calla!
¡Su olvido á cuántos míseros socorre!

Para los dos el ministerio suyo
Fué de ungido de Dios y extremo amigo.
Te veo sagrada, y sacro cuanto es tuyo,
Y como de un cristal al casto abrigo.

En torno á ti y á cuanto es tuyo, encuentro
Halo de luz, atmósfera de santo;
Como al santuario á visitarte hoy entro
Y algo hay solemne en tu adorable encanto.

¡Dulce es sentir que hay almas y que aman!
Su amor — inerte el tiempo para ellas —
Las vuelve al Dios que férvidas aclaman,
Como Él las hizo — jóvenes y bellas.

Han pasado años, sí... ¡Por fin pasaron!
¡Rudo tropel que atravesó el camino!
Ya, como un nubarrón, se disparon,
Y nuestro sol á reclamarnos vino.

¡Y ande el tiempo! y sin fin rodando siga
La fiel aguja que su afán nos muestra.
¿Qué hora marcará que no nos diga
«Aquí os amasteis, yo también soy vuestra»?

En todo grato sueño nos parece
Que ya lo hemos soñado; ése es su hechizo.
Mi mejor sueño á ti te pertenece;
En ti el pasado mágico realizo.

Como á la aparición del rey del día
De entre la nada lóbrega que espanta
Brotó un mundo de vida y poesía
En que todo ama y resplandece y canta, —

Así tú para mí : foco potente,
Núcleo de una creación que he poseído,
Llegas — y en torno á ti surge esplendente
Mi portentoso hogar y en él resido.

Y el corazón se me abre inmenso, en alas
De música ideal que lo acaricia;
Y tanto aroma y fuego en mi alma exhalas
Que á un tiempo vivo y muero de delicia.

Y tú y yo, tierra y cielo, mente y acto,
Hoy y ayer, la esperanza y la memoria,
Todo ya es uno, en inefable raptó,
Fruición anticipada de la gloria.

Y ésa es la juventud : el fugitivo
Presagio de la eterna, que al conjuro
Vuelve de Amor, como en miraje esquivo,
Á enseñarnos un bien siempre futuro.

¿Y el sueño cuál será? ¿La no apagada
Luz, ó esta bruma efímera de invierno?
¡Ah! lo que pasa no es : es sombra, es nada;
Y no hay más que una realidad; lo eterno.

Atando el hilo roto un largo instante
Sigamos, pues, llorada compañera,
Hacia atrás, y á la par hacia adelante,
Á nuestro gran *será* que hace años *era*.

Como Fray Luis saliendo del profundo,
«Decíamos ayer...» también digamos,
Corra el tiempo del mundo para el mundo :
Nuestro tiempo, en el alma lo llevamos.

Tomada de la colección *Poems of passion*, publicamos en seguida la composición inglesa de Ella Wheeler que sirvió de tema á la poesía *Decíamos ayer*.

REUNITED

Let us begin, dear love, where we left off;
Tie up the broken threads of that old dream;
And go on happy as before; and seem
Lovers again, though all the world may scoff.

Let us forget the graves which lie between
Our parting and our meeting, and the tears
That rusted out the goldwork of the years;
The frosts that fell upon our gardens green.

Let us forget the cold malicious fate
Who made our loving hearts her idle toys,
And once more revel in the old sweet joys
Of happy love. Nay, it is not too late!

Forget the deep-ploughed furrows in my brow,
Forget the silver gleaming in my hair;
Look only in my eyes! Oh! darling, there
The old love shone no warmer than now.

Down in the tender deeps of thy dear eyes
I find the lost sweet memory of my youth,
Bright with the holy radiance of thy truth,
And hallowed with the blue of summer skies.

Tie up the broken threads, and let us go,
Like reunited lovers, hand in hand,
Back, and yet onward, to the sunny land
Of our To Be, which was our Long Ago.



LA MÚSICA

Á LA SEÑORA LASTENIA LARRIVA DE LLONA

SENTADA AL PIANO

No lo dejes, señora. ¡Oh, cuánto es dulce,
Cuando uno ha muerto para el mundo ya,
Sentirse adentro vivo todavía
De un son querido al tacto familiar!

¡ Ir de esa fiel baquiana del espíritu
Caritativa Música, al rumor,
Resucitando antiguos paraísos,
Repadeciendo la íntima pasión!

Que hay en cada memoria un universo
Dormido, sin atmósfera y sin luz,
Arrinconado á la presión del tiempo
Y de la indiferente multitud;

Mas si por un resquicio que dejaron,
Inadvertido filtrase hasta él,
Como una gota de agua de los cielos,
Un tono, un son del venturoso *fué*;

Una de aquellas cláusulas que hablaron
Por dos que no encontraban una voz,
Que sumaron dos almas en un alma
Y extática lleváronla hasta Dios:

Eso es aire, eso es luz: es el bautismo
De otra resurrección espiritual;
Y ese universo se incorpora entero
Y se enciende todo él como un altar;

Y reconoce el corazón su toque,
Y marcha con su música otra vez,
Y oye, quién sabe dónde, en tierra ó cielo,
El paso igual del que marchó con él.

¡Cómo nos quiere! ¡Cómo nos reclama
Y llora con nosotros ese son!
Nodrizca fué que nos meció en los aires
Y hoy como alma, sin cuerpo, de un amor.

No lo dejes, señora. ¡Oh, cuánto es dulce
Cuando uno ha muerto para el mundo ya,
Sentir por dentro un corazón eterno
Del tiempo entre la fábula fugaz!

¡Vuelve á tocar! que tus preciosas manos
Pulsan discretamente el corazón;
Son manos de mujer y de poeta,
Artistas del cariño y del dolor.

Y ofrecido en el cáliz de la música
El dolor mismo es néctar celestial,
Reactivo milagroso, en corazones
Que el hielo humano emparamando va.

Cuando ya con el mundo hablamos poco
Pero mucho con alguien que no es él,
Dulce es tratar con ese mundo en sombra
Que de tu arte al conjuro alza la sien.

Arte de un dios; maravilloso lente
Para mirar, para sentir atrás:
Teléfono creador, que en un sonido
Restaura un mundo que vibró á la par.

Y si el diáfano lente acaso enturbia
Un suspiro, un lágrima veloz,
¡Qué iris tan bello el panorama esmalta!
¡Qué sagrada aureola esa visión!

¡Vuelve á tocar, señora! que á mi espíritu
De tu piano el aéreo talismán
Devuelve la conciencia de la vida,
La del sentir, la del poder de amar.

Y almas hay como el néctar generoso.
Rico en aroma y fuego y embriaguez,
Bajo las telarañas del sepulcro
Donde su dueño acendra su poder;

Y quizá de esas almas es la mía,
Y aunque ya en torno del cantor no habrá
Virgíneos labios que al licor perdonen
Lo turbio y polvoriento del cristal,

El festín misterioso irá por dentro,
Y el gozo antiguo y la extrañada voz
Oiré vibrar en los sonoros bordes
De tu profunda música al rumor.





EVANGELINA (1)

(LONGFELLOW)

En esta tierra plácida que baña
El Delawer, y que á la dulce sombra
De alta floresta y pastoral cabaña
Á Penn, su apóstol, reverente nombra :
Allí de la fructífera campaña
Sobre la igual, terciopelada alfombra,
La ciudad que él fundó marca su huella
Y del río á las márgenes descuella.

Sus calles repercuten todavía
Los nombres de sus árboles frondosos
Como ansiando aplacar con su armonía
Las dríadas y silfos nemorosos
Que vieron con enojo el hacha impía
Invadir sus retretes misteriosos ;
Y allí el aura es fragancia, y la hermosura
En el pérsico ve su imagen pura.

(1) ♦ Poema que no cede ventajas á ninguno de cuantos se han escrito en el siglo XIX. Ha sido traducido en verso por el señor Morla Vicuña, y en prosa por el señor Merchán. La versión poética que de este fragmento (principio del canto último) hizo el señor Pombo, se halla incorporada en el trabajo de Morla y de allí se ha trasladado á esta colección. » (Caro, *Traducciones poéticas*).

Arrojó en esta playa el oceano
Á Evangelina, huérfana y proscrita,
Y si patria y hogar le hurtó el tirano,
Aquí otra patria con amor la invita.
René Leblanc, el venerable anciano,
Reposó aquí su dilatada cuita,
Y de cien descendientes, uno apenas
Vió en torno suyo al rematar sus penas.

Para su amiga en Filadelfia había
Algo que hablaba al corazón siquiera,
Algo que murmurarle parecía :
« Entre nosotros no eres extranjera. »
Y el cuácaro tutear que en torno oía
Le recordaba aquella paz primera,
Aquel Edén de iguales y de hermanos,
Arcadia realizada entre cristianos.

Así, cuando por fin cesó en el mundo
Esa persecución que nunca alcanza
Su objeto ; aquel afán ciego, infecundo ;
Ese loco esperar sin esperanza :
Entonces, sofocando en lo profundo
Del corazón la impía desconfianza,
Volvióse aquí, como hacia el sol las hojas,
Aquella alma en tinieblas y congojas.

Igual se ve desde eminente cumbre
Plegarse y disiparse el cortinaje
De niebla matinal, y entre áurea lumbre
Ir surgiendo el magnífico paisaje :

Roja ciudad de innúmera techumbre,
 Quintas y aldeas como suelto encaje,
 Y entrelazando hogares y plantíos,
 Caminos de oro y plateados ríos.

Así también se disipó en su mente
 La neblina falaz que la distrajo
 Y hoy al sol del amor resplandeciente
 Ve el mundo inmenso dilatarse abajo.
 El sendero asperísimo y pendiente
 Que entre angustias y lágrimas la trajo,
 Perdió con la distancia sus fragores,
 Y es ya una calle de arbolado y flores.

Gabriel no ha muerto, vive en su alma : en ella
 Su imagen brilla sin cesar, vestida
 De amor y juventud : dos veces bella,
 En flor de corazón y en flor de vida :
 Cual lo vió última vez la fiel doncella
 Extático en ardiente despedida,
 Y más perfecto aún ; que hoy lo acrisola
 De eterna ausencia fúnebre aureola.

El tiempo no entra en su memoria : en vano
 Los años, aunque lentos, se suceden :
 No han de cambiarlo en su tesón profano ;
 Transfigurarlos solamente pueden.
 Para Gabriel no existe aquel tirano
 De quien olvido y desamor proceden.
 Él ya no es un ausente : es como un muerto
 Que al fin la mar depositó en su puerto.

Dulce paciencia, abnegación constante,
 Consagración activa al bien ajeno,
 He aquí lo que esa mártir anhelante
 Leyó escrito en las llagas de su seno.
 Así va á difundirse en adelante
 Aquel amor de que rebosa lleno,
 Cual rica especia embalsamando el viento
 Sin perder su fragancia al dar su aliento.

Roto de la esperanza el frágil vaso,
 Y todo anhelo terrenal proscrito,
 Sólo ansia ya con reverente paso
 Seguir las huellas de Jesús bendito ;
 Reanima el cuerpo quebrantado y laso
 Templándolo en el piélago infinito
 De la divina caridad, y ufana
 Ciñe el cordón humilde de la Hermana.

Meses y años enteros se deslizan
 Viéndola infatigable en su tarea ;
 ¡ Cuánta llaga esas manos cicatrizan !
 ¡ Cuánta miseria incógnita rastrea !
 Por callejuelas que á hombres horrorizan
 De puerta en puerta sin temor golpea,
 Y para cada mal lleva consigo
 Pan, luz, remedio, estímulo y abrigo.

Noche tras noche, cuando duerme el mundo,
 Y ruedan por las calles desoladas
 Entre ráfagas de aire gemebundo
 Las voces del sereno acostumbradas ;

Á tiempo que él anuncia aquel profundo
Sueño, y la paz y la quietud guardadas,
Tal vez divisa en mísera buhardilla
Velando algún dolor su lamparilla.

Y día tras día el alemán labriego,
Al entrar paso á paso con la aurora
Rodando el carretón aldeaniero
Colmado en frutos de Pomona y Flora;
Cuando sus gritos turban el sosiego
Del arrabal que aun duerme en esa hora,
Ve que á su claustro vuelve entonces ella,
Pálida de velar, mas siempre bella.



EL PUENTE DE LOS SUSPIROS

(Hood)

¡ Otra, otra infortunada
Ya cansada de vivir!
Importuna desechada
Que por fin logró morir.

Recogedla con blandura,
Con gentil solicitud.
¡ Cuán delgada! Su figura
Cuenta aún su desventura,
Su belleza y juventud.

Como al niño los pañales,
Como lienzos funerales
Se le adhiere el casto traje,
Do aun gotea el oleaje
Del naufragio del dolor.
¡ Recogedla sin ultraje!
¡ Recogedla con amor!

¡ Ni una burla ni un agravio
Le hagan mente, ó tacto, ó labio!
Pensad de ella como hermanos,
Como débiles humanos;

Pensad sólo en sus angustias
Y sus manchas olvidad.
¿ Qué hay en esas formas mustias
Que no implore caridad ?

No hagáis honda, cruel pesquisa
Del conflicto que insumisa
La encontró con el deber ;
Ya la muerte en su torrente
Llevó el fango, y solamente
Queda el oro de su ser.

Sus errores, sus deslices
¡ Son de tantas infelices
Hijas de Eva!... Su contagio
Desvalida la encontró.
Por la herencia que nos toca
Enjugad en esa boca
Las espumas del naufragio...
Trago acerbo, pero el último
Que el amor le presentó.

¡ Ricos eran sus cabellos !
Componedlos cual solía
Cuando, mísera, esperaba
Y creía en el amor.
¡ Ah ! decidnos, gajos bellos,
¿ Dó está el peine que os peinaba ?
¿ Dó el humilde tocador ?

¿ Quién sus padres nos diría ?
¿ Tuvo hermana, tuvo hermano ?
¿ Ó uno acaso más cercano
Y más caro todavía ?

¡ Ah, en el mundo cuánto es rara
La cristiana caridad !
¡ Oh gran lástima ! ¡ oh avara
Inhumana humanidad !
¡ Que á una víctima indefensa
Falte hogar en esta inmensa
Babilónica ciudad !

¿ Ya no hay padres, no hay hermanos ?
¿ Ya no hay vínculos humanos ?
¿ Reina, pues, la indiferencia
Y el amor se desterró ?
¿ Y aun la santa Providencia
Á su grey desamparó ?

Desde aquí tal vez la mísera
Al nocturno cierzo impío,
Recorría tantas lámparas
Que refleja el ancho río,
Y la tibia luz de innúmeras
Galerías y ventanas
Que pintaban en su espíritu,
Tras de velos y persianas,
Cada cual la paz y el júbilo
De un amor y de un hogar ;
¡ Mientras ella, aislada y huérfana,
No tenía más que lágrimas
Y ni dónde ir á llorar !

Y la endeble criatura
Tiritaba de hambre y frío,
No de histérica pavura,
Al mirar de tanta altura
Relumbrar siniestro el río.

Ya palpaba los dolores,
 No sus duendes y terrores;
 Ya sabía el cuento serio
 Que la vida le enseñó;
 Y tentábale el misterio
 Que la fácil muerte esconde;
 El transporte de lanzarse,
 De exhalar en un segundo
 Para ir... ¿qué importa á dónde?
 ¡Fuera, fuera de este mundo!
 Y esa idea devolvió
 Á su labio la sonrisa;
 Dióse prisa y se lanzó.

—
 Ven, alegre libertino,
 Á mirarte en esta escena
 Que ameniza tu camino
 Por el Támesis ó el Sena.

Ven, recoge tus laureles,
 Y regálale cual sueles
 En el baño y el festín.
 ¡Brinda, y bebe sin espanto
 De esa espuma y sangre y llanto
 Con que riegas tu jardín!

Recogedla con blandura,
 Con gentil solicitud.
 ¡Cuán delgada! Su figura
 Cuenta aún su desventura,
 Su belleza y juventud.

Componed sus miembros frígidos
 Con esmero casto y pulcro
 Antes, antes de que rígidos
 Se rebelen al sepulcro,
 Y que al menos en su fosa
 Paz y abrigo se les dé.
 Y cerradle luego, luego,
 Esos ojos ya sin juego,
 Que parecen los de un ciego
 Que nos mira y no nos ve;
 Porque allí quedó clavada
 Sólo esa última mirada
 Con que ansiosa y acosada
 Á abrazar la muerte fué.

—
 ¡Triste fin de una existencia
 Aun más triste! En su demencia
 La empujaron al abismo
 La crueldad del egoísmo
 Y la afrenta de su error.
 Débil fué, mas no inocente.
 Cruzad, pues, humildemente
 Sus dos manos sobre el pecho,
 Cual si orara sin despecho
 Silenciosa y reverente;
 ¡Y delito y delincuente
 Dejad ambos al Señor!

